

Correa Ramón, Amelina, “¿Qué mandáis hacer de mi?” *Una historia desvelada de relecturas teresianas en el contexto cultural de entresiglos*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2019, 278 pp. ISBN: 978-84-9192-078-6.

En la clásica edición aumentada de *Direcciones del Modernismo* (1990), Ricardo Gullón analizaba la dicotomía “Erotismo/misticismo” a propósito de la poética dariana partiendo de la relectura de la figura de Teresa de Jesús por Bernini. El éxtasis plasmado en esta escultura sería entendido por el crítico como antecedente temprano de las subversivas poéticas finiseculares. En semejante estela (aludida únicamente por Gullón) se ubica el volumen que ahora se reseña. Situado el ámbito de estudio en el contexto de entresiglos, se analizan aquí diversas interpretaciones de la figura y la obra de Teresa de Jesús, leída como “síntoma, icono o paradigma literario de la época” (p. 15). De esta forma, Amelina Correa Ramón, catedrática de Literatura Española en la Universidad de Granada, suma un jalón más en el amplio corpus crítico teresiano desde una perspectiva manifiestamente original: las miradas finiseculares a la figura de la santa de Ávila. El resultado de esta empresa resultará doble: además de la revisión minuciosa de los acercamientos heterodoxos a la autora de *Las Moradas*, tan frecuentes en el Fin de Siglo, la autora se detendrá en el “rescate” de escritores hoy injustamente olvidados que adquieren ahora el relieve de protagonistas: Amalia Domingo Soler (1835-1909), José Blanco Coris (1862-1946) y el P. Eusebio del Niño Jesús (1888-1936). En los tres casos, la relectura teresiana transcurrirá a través del prisma espiritista, fenómeno cultural y literario muy extendido en el Fin de Siglo que, liberado del silenciamiento tradicional (así como la misma figura de Domingo Soler), la profesora Correa lleva varias décadas estudiando.

El presente volumen se divide en cuatro bloques: las tres partes centrales se dedican respectivamente a cada uno de los autores mencionados, y a ellas se antepone un valioso “Introito”. En esta primera sección se repasan detenidamente los múltiples acercamientos a Teresa de Jesús entre las fechas de 1882 (tercer centenario de su muerte) y 1922 (aniversario de su canonización). Al tiempo que se mencionan una miríada de actos y publicaciones sobre la santa en este lapso, la autora pone de manifiesto la doble vertiente en que estas relecturas se situaron. Por un lado, se hacía de Teresa de Jesús “guía y modelo” para la feminidad (p. 29); por otro, se asistía a toda una avalancha textual que incidía sobre la “patologización de la santa”, “síntoma amenazante [...], riesgo potencial que puede llevar por la senda de la histeria y la neurosis” (p. 29). Así, en línea con los estudios científicos finiseculares que hicieron de la mujer un “objeto de estudio” (pp. 34-35), se explotó esta figuración negativa de la mística y sus arrebatos extáticos, entendidos como desórdenes corporales peligrosos. Pero además de estos casos, la figura y las obras de Teresa de Jesús inspiraron la vida de interesantes personalidades como Teresa de Lisieux, Edith Stein o Teresa Wilms Montt; la primera se entregaría a la vida carmelita en el mismo año de 1882, al igual que la segunda, inspirada continuamente por el *Libro de la vida*. En el caso de Wilms Montt, en la monja carmelita hallará el ejemplo para una forma de vida autosuficiente, que le acarrearía sin embargo un triste final (pp. 27-28).

En ámbito literario se popularizarían estas representaciones duales, construyéndose la dicotomía Teresa/cuerpo frente a Teresa/Espíritu, cuyas figuraciones contrapuestas inundarán las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. En cuanto al primer extremo, el *peligroso* influjo teresiano configurará el arquetipo de la “mujer frágil”, neurasténica y espiritualizada, que sostiene en sus manos un libro de Santa Teresa (p. 42). Estas lecturas llevan a *enfermar* a personajes como la Ana Ozores de Clarín (p. 39), o se abren como “revulsivo excitante”, como en el caso de Clara en *El Enemigo* (1908) de Efrén Rebolledo (pp. 40-42) o Isabel en *Alma infanzona* (1910) de Isaac Muñoz. Sin embargo, la admiración de la espiritualidad de la monja visionaria también permeará obras como *Camino de Perfección* de Pío Baroja o la literatura de Azorín, Antonio Machado, Unamuno o Juan Ramón Jiménez (pp. 43-46). A medio camino entre estas miradas polarizadas podría situarse *La Vierge d'Avila (Sainte Thèrese)* de Catulle Mendès, cuyo comentario abre y cierra el “Introito” del estudio. Esta peculiar obra (sobre las tablas, la santa estaría encarnada nada menos que por Sarah Bernhardt) reflejará “una versión alejada de la visión canónica al mostrar a la reformadora tentada por la fuerza del amor humano” (51). Así, en tanto que reformulación radical del binomio “Teresa/ cuerpo”, cosechará tal alud de críticas contrarias en la prensa de la época (y hasta varios actos de desagravio en Ávila) que el mismo Mendès tendrá que defenderse en *El Imparcial* (p. 55).

La obra teatral del autor parnasiano marca la transición con la obra que quizás constituya la relectura central del mensaje teresiano, *¡Te perdono! Memorias de un espíritu* (1897-1899) de Amalia Domingo Soler. Pero antes de llegar aquí, la profesora Correa Ramón abre el segundo bloque de su estudio con tres secciones preliminares; en la primera, se reflexiona con profundidad sobre la importancia de las tendencias ocultistas para comprender la complejidad de la literatura finisecular, en constante búsqueda de asideros espirituales (recubiertos de la pátina de cientificismo

que exige la modernidad) en un “mundo crecientemente secularizado” (p. 63). En la segunda sección se trazará un completo recorrido histórico desde los orígenes del espiritismo en 1848 y las prácticas de famosos “iniciados” como Victor Hugo o Arthur Conan Doyle hasta las teorías de Allan Kardec, su difusión por España y la intensa presencia de estas prácticas en la sociedad finisecular (pp. 69-79). La tercera parte de este bloque se detendrá en la protagonista de la mencionada relectura teresiana, la escritora sevillana Amalia Domingo Soler, iniciándose un minucioso recorrido biográfico de casi setenta páginas (pp. 86-156). El relieve de esta sección resulta muy clarificador, pues a través del retrato de la escritora (injustamente olvidada todavía en la actualidad), la profesora Correa comienza a trazar uno de los importantes valores del espiritismo finisecular: su vinculación con otras tendencias progresistas de la época tales como el librepensamiento, la masonería, el anarquismo, el feminismo o los movimientos obreros (p. 81).

Afincada definitivamente en Barcelona en 1876, Amalia Domingo entraría en contacto con el círculo espiritista “La Buena Nueva”, llegando a fundar en 1879 *La Luz del Porvenir*, una de las más prestigiosas revistas del ámbito espiritista en el que colaborarían plumas como Emilia Pardo Bazán, Carmen de Burgos, Rosario de Acuña o Belén de Sárraga. A través de esta breve nómina se puede apreciar ya el signo feminista y progresista de la publicación, que hizo suyo el carácter comprometido de la fundadora, que no cesó en manifestar a través de toda su obra su atención a causas sociales como la educación de la mujer, la formación secularizada, los derechos de los trabajadores, la atención a los ancianos, enfermos y discapacitados o la libertad de culto (pp. 128-135). Habida cuenta de esta actitud comprometida, no extraña que la escritora se sintiera atraída por la figura reformadora de Teresa de Ávila, que se expresaría (a través del criptónimo de Iris y el cuerpo del médium Eudaldo Pagés y la propia Amalia) a lo largo de una serie de sesiones espiritistas, trasladadas finalmente a *¡Te perdono! Memorias de un espíritu*. En tanto que memorias, esta obra no cesaba de ofrecer referencias intertextuales con el *Libro de la vida* teresiano, asumiendo la misma estructura genérica de “autobiografía por mandato” (pp. 167-168), aunque transformada radicalmente a nivel formal (comunicación del “más allá” a un médium) y de contenido (p. 188). En este punto, la obra pretendía nada menos que comunicar el *verdadero* mensaje teresiano, que habría sido ocultado y manipulado desde su tiempo por el oficialismo (p. 186). Ciertamente, las revelaciones de Iris resultarán heterodoxas y subversivas en grado sumo, *desvelando*, completando o actualizando el mensaje de Teresa de Jesús con ideas de gran modernidad que en la época aurisecular no habrían sido consideradas menos que heréticas: críticas a la estructura eclesiástica, inutilidad de los templos o de la confesión (el título de la obra alude a la necesidad de un perdón más *natural*), defensa del contacto directo con Dios, la postura contra el celibato o la clausura (pp. 180-182).

Esta reescritura del mensaje teresiano continuará en el tercer bloque del volumen bajo el prisma de José Blanco Coris. La actividad artística del pintor, escultor y escritor malagueño a través de frecuentes colaboraciones en medios como *Madrid Cómico* o *Blanco y Negro* se compaginaría con su contacto con el espiritismo madrileño desde su llegada a la capital. Así, el artista llegaría a publicar multitud de obras sobre este ámbito, tanto con carácter didáctico (*Cómo se habla con los muertos*, ca. 1925) como puramente literario (*Sonatas macabras*, 1921-1925). Esta heterodoxa faceta le pondrá en contacto con *¡Te perdono!*, obra que ejercerá en él tal inspiración que lo llevaría a redactar su *Santa Teresa, médium* (1920). Nuevamente se manifestará aquí el espíritu de Teresa de Jesús, produciéndose en esta ocasión una comunicación directa, sin la constitución de un criptónimo que ocultase la identidad de la monja. La finalidad de ello corría pareja a la enunciada en su obra modelo, hacer emerger, “ya sin filtros, la radical heterodoxia que el poder establecido habría pretendido en todo momento sofocar” (p. 220). El componente subversivo de la tesis de la obra se anunciaba ya desde el título: los éxtasis y visiones de Santa Teresa no eran sino manifestaciones de su “mediumidad”, signos externos que evidenciaban su contacto directo con el Espíritu divino (p. 218).

Las relecturas heterodoxas de Amalia Domingo Soler y José Blanco Coris ejercerían de acicate para el protagonista de la última parte del volumen, el P. Eusebio del Niño Jesús. Destinado en Cuba, el escritor y carmelita descalzo se encontró por casualidad con la obra de Blanco Coris, impulsándolo a la redacción de *Santa Teresa y el espiritismo* (1929-1930). Esta monumental obra (casi mil doscientas páginas repartidas en dos tomos) no tardó en declararse reparación al “terrible agravio contra su fundadora” (p. 240) perpetrado por las obras de Domingo Soler y Blanco Coris. Sin embargo, esta reacción de enaltecimiento del mensaje teresiano defendido por el oficialismo religioso terminó acompañándose de un voluminoso tratado (las setecientas páginas del segundo volumen de la obra) sobre las diferencias tendencias espiritistas, que evidenciaban el profundo conocimiento del tema por parte del autor carmelita. En cualquier caso, la perspectiva de análisis resultaba eminentemente ortodoxa, según sus propias palabras: “la Iglesia católica es la luz, el espiritismo la obscuridad” (p. 246). Pese a la actitud tolerante del autor (que le llevaría a trabar una cordial amistad epistolar con Blanco Coris) (pp. 246-247), esta visión tradicionalista de la doctora de la Iglesia acabará consolidándose, condenando al olvido a heterodoxos como Amalia Domingo Soler, José Blanco Coris y a otras lecturas divergentes de la figura de la santa de Ávila como la de Catulle Mendès.

En su obra, Amelina Correa Ramón se propone romper con el ostracismo de estas figuras, ampliando el todavía limitado canon finisecular hacia voces disidentes como la de Amalia Domingo Soler, que supo hacer de su vida y obra ejemplos de compromiso y de modernidad que una sociedad como la actual no debería seguir ignorando. Como telón de fondo y eje unitario del volumen permanece la santa de Ávila, cuya significación a través de estas miradas finiseculares no solo representa la variedad de las reescrituras de un mito, sino también nuevos acercamientos frescos y desprejuiciados a una obra inmortal. En última instancia, las lecturas finiseculares espiritistas anhelaron dar respuesta al verso de Teresa de Jesús que titula el volumen, resultando la entrega al más allá y la búsqueda de la verdad a través del mensaje de la monja carmelita una de las vías para solucionar las contradicciones de la sociedad

moderna. Quedan constituidos así en este estudio el espiritismo y la relectura del multiforme mito teresiano como nuevas claves de acceso a aquellas *direcciones* a las que aludía Gullón para la comprensión de las diversas tendencias literarias del Fin de Siglo hispánico.

Andrés Sánchez Martínez
Universidad de Granada